

PEQUEÑA HISTORIA DE UNA RESTAURACION
LA CAPILLA DEL SANTO CALIZ DE LA
CATEDRAL DE VALENCIA



Clave central, con la Coronación de la Virgen.

Desde hace años se vienen realizando importantes trabajos de consolidación y repriminación de nuestra Santa Iglesia Catedral Metropolitana, aunándose el concurso de la Dirección General de Bellas Artes —hoy del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos—, de la Dirección General de Arquitectura y de varias entidades e instituciones valencianas.

De los espléndidos resultados conseguidos con tales ayudas —técnicas y económica—, en feliz colaboración, tan sólo se benefició la antigua Aula Capitular —hoy capilla del Santo Cáliz—, con el descubrimiento y limpieza del sobrio muro exterior de sillería que la cierra por la calle de la Barchilla, quedando fuera de la planificación general el interior del recinto que, por los vestigios de su primitiva estructura y ornamentación, hacía suponer unos

valores que quedaban ocultos bajo una densa capa de pátina y suciedad acumulada durante siglos.

Como es sabido, esta Aula Capitular fue construida por iniciativa del Obispo de Valencia Vidal de Blanes, entre los años 1356 y 1369, ocupando —según Sanchis Sivera— (1), «la mayor parte del espacio de lo que antiguamente se llamó plaza de *les gallines*», y constituyendo un edificio separado, «enfrente de cuya puerta de entrada había una lonja de madera», que, más tarde, quedó unido a la nave de la Catedral, por el bello pasadizo por donde hoy tiene su acceso principal.

(1) *La Catedral de Valencia; Guía histórica artística*. Valencia, 1909, pág. 243.



Santa Elena.

La fábrica de esta Aula está formada por cuatro altos muros de piedra que, asentados sobre una planta cuadrada de trece metros por lado, sirven de apoyo a ocho ménsulas principales y cuatro angulares, de las que, a su vez, arranca el gracioso juego de crucerías que, sustentando las bóvedas de ladrillo, se viene a reunir bajo una gran clave central, de metro y medio de diámetro, labrada y policromada en piedra, en la que se representa la escena de la Coronación de la Virgen.

Sobre los desnudos muros de piedra se apoyan dos grandes bancos corridos de la misma materia; en el plano de la derecha se halla situada una taza de púlpito, también tallada en piedra, y el acceso a la misma mediante una puertecilla de arco apuntado; y en el de la izquierda, otra puerta, de mayores dimensiones —de elegante traza y decorada con unos relieves que, representando la Anunciación de la Virgen, se deben al maestro Casel, en 1497—, da paso a otras dependencias.

A lo largo del tiempo se fueron incorporando otros elementos ornamentales al sobrio recinto, pero quizá el más importante llevado allí fue el primoroso retablo de piedra alabastrina —procedente de

la fachada posterior del antiguo Coro de la Catedral—, que, desde 1777, enriquece notablemente el muro frontal a la entrada de la Capilla, con sus calados doseletes y pináculos, los doce compartimentos con relieves de Poggibonsi y un vano central de arcos esculturados que hoy sirven de marco al nicho en donde se sitúa la preciosa reliquia del Santo Cáliz.

También en 1898, bajo el pretexto de unos trabajos restauradores cuyo alcance desconocemos, se colgaron, en dos de sus paredes, las cadenas que cerraban el puerto de Marsella, regaladas a la Catedral por el Rey Alfonso V, y se fijaron una especie de grisalla, de Vicente López, que alude a la expulsión de los moriscos, y un lienzo anónimo, quizá de escuela ribalteña.

En los últimos años, y con motivo de las obras de repristinación de toda la Santa Iglesia Metropolitana, a las que hemos aludido, se despojó al Aula Capitular de los sepulcros, urnas cinerarias, lienzos y frescos que distraían de la pureza de su traza originaria, trasladándolos a otras dependencias. Pero si tales medidas eliminaron del recinto una serie heterogénea de objetos de estimable valor propio, hicieron más patente su esencial monumentalidad y vinieron a poner en primer término la conveniencia de desvelar toda su grandeza oculta, con la inquietante y compleja problemática que ello suponía, tanto en orden a las dificultades que comportaba la realización de la obra, como en lo incierto de que los resultados mereciesen el intento.

Intuición y fe alentaban en el Cabildo catedralicio y de manera particular en uno de sus componentes, don Vicente Castell que, aun estimando casi inviable lo que se deseaba, transmitió su desasosiego al entonces Presidente de la Excma. Diputación, don Ignacio Carrau, y a los demás componentes de la Corporación Provincial, que, sabedores de la trascendencia que tiene el devolver a Valencia el esplendor de su rica tradición cultural, decidieron adoptar la empresa restauradora en cuestión.



Ménsula con ángeles músicos.

Un excepcional equipo de escultores, canteros, marmolistas, decoradores, vidrieros y electricistas (2), bajo la experta y competente dirección técnica de la Dirección General del Patrimonio Artístico y del arquitecto valenciano don Luis Gay, estudiaron con cariño el proyecto y realizaron con minucioso cuidado y propiedad la obra, y a la postre, los más halagüeños resultados han venido a premiar el esfuerzo.

La limpieza y restauración de la bóveda ha sido la labor más difícil, espectacular y valiosa, dejando más visible una bellísima crucería, con sus claves y ménsulas, de cuyo primor y riqueza no se tenía noticia alguna, ni oral ni escrita.

El primer hallazgo fue la espléndida clave central, de la que ya hemos hablado. Luego, siguiendo las dieciséis nervaduras que se unen en ella, aparecieron ocho claves secundarias con figuras deliciosamente esculpidas y policromadas de apóstoles y cuatro, quizá de evangelistas, en el centro de las otras tantas crucerías accesorias de refuerzo, angulares. Por último, el complejo entramado de la crucería, que forma una perfecta estrella de ocho puntas, y los dichos refuerzos angulares, llevaron la labor descubridora a las ménsulas de apoyo, también esculpidas y policromadas, con representación de figuras humanas, animales y motivos de ornamentación vegetal.

La bóveda toda, constituye un conjunto gótico del siglo XIV, de una gran belleza —hasta ahora oculta, apenas entrevista—, en el que los relieves policromados de las claves y ménsulas dan una nota de brillante y mesurado esplendor, con el salpicado colorido propio de las obras de este carácter en la época, como son las de la Catedral y del templo de Santa María del Mar, de Barcelona, contemporáneas de nuestra Capilla del Santo Cáliz y en las que, como aquí, quedaban restos suficientes del color que tuvieron originariamente, para poder realizar una restauración rigurosa.

A la misma autenticidad del policromado de la piedra en nervaduras y adornos llevó la limpieza de la taza del púlpito, resaltando una decoración que apenas se percibía antes, como también ha venido a ocurrir con las imágenes de la Virgen, Santa Elena y San Luis, Rey de Francia, que coronan la parte

central del retablo que enmarca la reliquia del Santo Cáliz. De estas últimas, destaca la deliciosa y elegante traza de la de Santa Elena y en todas ellas —supuestas de escayola y sin valor antes de su restauración—, se conservaban claros vestigios de un policromado del que no faltan ejemplos, como el, muy próximo, que tenemos en el Museo Diocesano de Segorbe.

El hábito de una imagen gris de homogénea obscuridad sobre tanta bella riqueza da lugar a la sorpresa frente a las notas del oro y de los colores puros de la vieja ornamentación, que hoy han cobrado vida, como, en cierto modo, ha ocurrido con los muros del recinto, que han dejado al descubierto un «Vitor» que viene a confirmar la aseveración de Sanchis Sivera de que la vieja Aula Capitular sirviera, en un principio, de cátedra de Teología. Y decimos en cierto modo, porque la piedra no ha sido picada, sino lavada concienzudamente, del mismo modo que se ha hecho con el retablo procedente de la fachada posterior del Coro de la Catedral desaparecido, y con los relieves alabastrinos de Poggibonsi, lográndose que saltara tan sólo la suciedad y que quedaran al descubierto los restos de dorado y policromado, que se han restaurado.

Tan amplia labor, que alcanza también a los ventanales que dan luz a la sala y a sus vidrieras, ha dado lugar a que la antigua Aula Capitular de la Catedral valenciana volviera a lucir con el esplendor, mezcla de sobriedad y riqueza, que tuvo en su origen y que bien merece, hoy, la apreciada reliquia del Santo Cáliz, y podemos felicitarnos de que Valencia haya recuperado y pueda mostrar otra vez, con todos sus auténticos valores, una tan importante muestra de su tesoro artístico y cultural, como es ésta.

ARTURO ZABALA

(2) El grupo de canteros gallegos que intervinieron en esta obra ha estado compuesto por Silvino Sady Bouzas Barros, Francisco Martínez Fontela, Manuel Avilleira Crespo y Raúl Ramos Diz; los pintores decoradores han sido Enrique Caraval Rubio y Bartolomé y José Caraval García; de la carpintería se ocupó José María Furió Cardona; fue escultor Francisco Serra Andrés; electricista, Julián Alandí Montón; y realizó las vidrieras de los ventanales la casa "Vidrieras de Arte", de Bilbao.